

MONTAÑA RUSA

(Teatro Breve)

de

Víctor Vegas © 2007

Web del autor: <http://victorvegas.com/>

Puesta en escena del cuento
Montaña rusa, escrito por el propio autor

Obra para 2 actrices y 2 actores

Copyright © 2007

ADVERTENCIA:

Los derechos de esta obra están protegidos por las leyes de propiedad intelectual en todo el mundo. Todos los derechos para su puesta en escena en teatro, radio, cine, televisión o lectura pública están reservados tanto para compañías profesionales como aficionadas. Los derechos y permisos deben obtenerse a través de:

SGAE / Sociedad General de Autores y Editores
Departamento de Dramáticos
c/Fernando VI, 4. (28004). Madrid, España.
Tel: (+34-91) 3499550
Fax: (+34-91) 3102120
Web: <http://www.sgae.es/>
E-mail: palvarezl@sgae.es
E-mail: vsvegas@gmail.com

R6-0520

Enero, 2007

Pleasure is a dirty word in Christian culture. Pleasure is Satan's word.

Lenny Bruce

La adolescencia es la más rara de las felicidades.

Alberto Barrera Tyszka

PERSONAJES

CAROLINA
MANUEL
GABRIELA
ANDRÉS

ESCENARIO

Dos ambientes claramente divididos por una línea en diagonal, fluorescente, que baja por el telón de fondo, atraviesa el escenario hacia proscenio e incluso se extiende más allá del foso o la platea.

En el centro de la escena, un paraban con tela elástica y una tienda de campaña o carpa pequeña, para una pareja, de las que tradicionalmente se usan para acampar a orillas del mar, de la playa, durante el verano.

Ambos, paraban y carpa, son atravesados impúdicamente por la línea fluorescente divisoria.

MÚSICA

Se sugiere música juvenil de moda, que vaya de acuerdo a las situaciones representadas.

ACTO ÚNICO

Con la sala aún en penumbras, escuchamos el sonido del mar, el graznido de gaviotas, las olas que rompen contra la arena o las rocas de la orilla; hasta nos es posible percibir el salitre en el aire, sobre nuestra piel. Risas de adolescentes; el chapotear de agua como cuando alguien corre, al lado de la persona amada, sin ningún tipo de preocupaciones, en una playa solitaria y nuestra...

Total e infinitamente nuestra...

GABRIELA: ¿Y entonces qué hiciste tú?

CAROLINA: Salí de la carpa y me eché a llorar.

GABRIELA: ¿Pero acaso eres pendeja o qué?

CAROLINA: ¿Qué otra cosa podía hacer? Había probado todo cuanto dijiste y las cosas no estaban funcionando. Estaba desesperada. Y mejor así, porque te juro que de haber resultado no hubiera podido cargar con el remordimiento el resto de mi vida...

GABRIELA: ¡Ay, amiga! Eres la encarnación de la ingenuidad. Por eso estamos como estamos... *(Breve pausa.)* ¿Y él? ¿Qué hizo él?

MANUEL: Yo me quedé colgando, mi pana. En una sola pieza. No sabía qué hacer. Si poco antes estábamos de lo más de pinga, ahí, dentro de la carpa, escuchando a Dido, con un par de ginebritas full hielo y jugo de naranja... Ambos estábamos de lo más animados, besándonos y metiéndonos mano y, de repente, ¡zas!, que tenía que decirme algo y yo, "ajá, dale que te escucho, mis oídos son todititos tuyos" entretanto continuaba besándola por el cuello, detrás de las orejas, tripeando un mundo con la textura y el aroma de su piel. Era como si mis labios y mis manos se movieran sobre un enorme copo de algodón de azúcar... ¡Mi pana, tendrías que oler y acariciar la epidermis de esa jeva!

ANDRÉS: Coño, Manuel, ni te me desboques por la tangente ni te me pongas poeta a estas alturas, *please*. No te detengas en lo accesorio, mi pana. Sólo sígueme derechito hasta el *home*... ¡Que es el momento de la ACCIÓN lo que quiero escuchar!

MANUEL: ¡Ah, no, güevete! O escuchas el cuento completo o no te cuento un carajo, nojoda.

ANDRÉS: Está bien, está bien, pero no te arreches, vale.

MANUEL: ¿Ya ves? Hiciste que me perdiera. ¿Por dónde andaba? Ah, sí, sí... La besaba en el cuello y con las manos hacía el recorrido que desde ya deseaba que hiciera mi boca: por sus tetas pequeñas y duras, como dos medias naranjas valencianas; su abdomen de corredora de cien metros planos, sus muslos duros como piedras, su monte Everest en vez de Venus, chamo, porque mira que está bien dotada la carajita esa; y otra vez ella: "Manu, que necesitamos hablar, vale", y yo, sí, sí, te estoy escuchando, mi cielo, sígueme sígueme nomás y en una de esas que me empuja a un lado y sale corriendo de la carpa.

ANDRÉS: ¡Hija de la grandísima! ¡Qué clase de rebote, chamo! ¿Y qué hiciste tú?

CAROLINA: Él no me siguió. Imagino que sabía que necesitaba estar a solas. Le agradezco el gesto: que me haya respetado esos minutos de privacidad.

GABRIELA: ¡Caramba! ¡No me digas! ¡No te lo puedo creer! Y a mí que se me figuraba un patán de lo peorcito...

CAROLINA: ¡Gabriela, por favor!

GABRIELA: Okey, okey. ¿Qué más?

CAROLINA: Dejé atrás el ruido de las carpas y corrí hacia la playa. Allí me senté y me puse a pensar en lo que había vivido esos últimos días y en lo que tenía que hacer... (*Breve pausa.*) Pensaba en que él, hasta ese momento, se había comportado como un caballero: súper educado, respetuoso, como el chico que una anhela encontrar, ¿sabes?

GABRIELA: ¡Ujum!

CAROLINA: Había sido tan especial todos esos días, chama: detallista, cariñoso y yo me sentía demasiado bien a su lado... De pronto me di cuenta de que el mar y el cielo eran una sola mancha negra frente a mi cara... Como si de pronto me hubiera despertado a mitad de la noche en una habitación sin ventanas. No había una sola estrella, amiga, ni luna, ni nada y pensé en Ricardo, pensé en el desgraciado de Ricardo.

ANDRÉS: ¡¿En Ricardo?!

MANUEL: Sí, en Ricardo.

ANDRÉS: ¿Y por qué en ese güevón?

MANUEL: ¡Qué sé yo! Quizás porque Carolina me había dicho que ellos habían tenido "algodón" en el pasado. Tú sabes...

Pausa.

ANDRÉS: ¡Ajá! ¡¿Y...?!

MANUEL: Bueno, durante esos segundos yo pensaba cualquier mariguera, mi pana: que si la caraja seguía enamorada del pajuco de Ricardo, que si andaba en esos días, que si era virgen...

ANDRÉS: ¡¿Virgen?! ¡Ja ja ja! ¡No me machuques las pelotas, cabrón! ¡Qué va a ser virgen esa coño! ¡Ja ja ja!

MANUEL: Ya te dije que en ese momento me pasaba cualquier mierda por la cabeza...

ANDRÉS: ¿Y no te pasó por la cabeza salir a buscarla?

MANUEL: ¡Claro que sí! Pero tenía una parada descomunal, chamo. Tenía la hijueputa pinga gorda, hinchadísima, a punto de reventar... Y la verdad que me daba paja que Carolina o cualquiera del grupo me vieran así. ¡Coño! Uno también tiene su pudorcito y tal...

GABRIELA: ¿Y qué más?

CAROLINA: Entonces me decidí a decírselo.

GABRIELA: ¡No me jodas, chica!

CAROLINA: ¿Qué otra cosa podía hacer? No hubiera funcionado si no...

GABRIELA: Sólo a ti se te podía ocurrir semejante pavada. Tenías que insistir con las ginebras y mantener la boca cerrada, amiga, igual que las piernas, hasta que el alcohol hiciera lo suyo.

CAROLINA: Eso se dice rápido y fácil, Gabriela. Pero nadie mejor que tú conoce el aguante de Manuel. Es una bestia con el alcohol. Tú lo sabes.

GABRIELA: Insistir, chama. Tenías que insistir y punto.

CAROLINA: Bueno, el asunto es que allí, a orilla de la playa, frente a mi abismo negro, después de meditarlo por largo rato, decidí que se lo diría.

ANDRÉS: ¡¿Así nomás?!

MANUEL: ¡Fuera e' broma, chamo! Yo trataba de pensar en cualquier otra joda menos en Carolina. ¡Pero nada que ver! La vaina seguía firme en su posición y como reclamándome haber dejado escapar a la presa. Tú sabes, ¿no? (*Breve pausa.*) Pensaba en la bola de mierda que es la gorda Neri, en una prosti vieja y desdentada que una vez quiso darme una mamada en el bar del Swing y hasta me puse a repasar mentalmente la última clase de Teoría de la Administración que había tenido en la facultad. Pero nadita de nada. *Esteban de Jesús* no cedía y seguía durísimo ahí abajo.

ANDRÉS: ¿Y no se te ocurrió tirarte un pajazo veloz ahí mismo?

MANUEL: ¡Estás loco! ¿Y si Carolina regresaba y me encontraba en las primeras de cambio? No, mi pana. Lo menos que hubiera pensado era que yo soy tremendo enfermito.

ANDRÉS: Ajá, ¿porque acaso no lo eres, güevón?

CAROLINA: Sí, lo soy. No te lo niego. Soy una ingenua. Una estúpida, una...

- GABRIELA: Bueno, bueno, tampoco es para que te descargues tú misma, chamita. Déjame ese trabajito a mí, ¿okey? Continúa con tu asunto. Por fin, ¿en qué paró todo?
- CAROLINA: Finalmente volví a la carpa. El trayecto de regreso lo hice despacito mientras iba articulando los posibles argumentos para mi relato. (*Breve pausa.*) Seleccionaba las palabras adecuadas para contarle mi historia a Manuel...
- GABRIELA: ¡Ay, no, no, no, no, Carolina! De panita y todo, sin que me quede nada por dentro, chama: ¡eres demasiado enrollada!
- CAROLINA: Quizá. Sin embargo no puedo ser de otro modo, amiga. Y te juro que lo he intentado. Que a veces te envidio y quisiera parecerme a ti. Ser como tú y no pararle a las cosas. Pero no puedo, chama. No puedo.
- MANUEL: Okey, está bien. De acuerdo. Lo admito. En lo único que pensaba era en tirarme a la Carolina. ¡Echarle un buen polvo, nojoda! No pensaba en nada más desde el día en que la conocí. ¿Y no me vas a negar que es lo primero que te inspira la carajita esa no más al verla? La primera vez que su figurita perfecta, estimulante y voluptuosa te atraviesa la pepa de los ojos y te estalla como una molotov en la base de los sesos. ¡Coño! ¡No serás tan recontraemezquino, tan recontraegoísta, tan recontracomemierda como para negarme eso! ¡¿No es cierto?! ¡¿No es cierto?!
- ANDRÉS: Okey. Okey. Tienes razón, chamo. Tienes toda la razón.
- MANUEL: Bueno, como te venía diciendo. Hubo un momento en que hasta llegué a pensar que la caraja era virgen...
- ANDRÉS: ¿Otra vez? ¡No me jodas!
- MANUEL: ¡Coño! ¿Me vas a dejar acabar o lo dejamos hasta aquí?
- ANDRÉS: Perdón. Perdón. ¡Cónchale! (*Breve pausa.*) Dale, pues. ¡Sigue!

MANUEL: Yo pensaba estas güevonadas que te digo por la manera como ella se había comportado hasta ese instante. Y te juro que pensar en eso me acartonó las pelotas. (Breve pausa.) Ya yo había estado con un par de vírgenes y la verdad es que aquella noche no quería pasar otra vez por esa macana. (Breve pausa.) Chamo, yo no sé cómo hay panas que dicen disfrutar desvirgando a una carajita. Eso es demasiado ladilla. Tú no puedes saber lo fastidioso que es porque nunca te has comido un virgo. Para mí el sexo es placer, mi pana, gozadera de la pura... Y tirarse un virguito te aseguro que está a kilómetros de serlo. (Breve pausa.) Ahora yo no podría.

CAROLINA: ¡No podría! Y mira que lo he intentado. Pero creo que al fin y al cabo soy algo chapada a la antigua.

GABRIELA: Ay, no, chama, la verdad, eres burda de pacata. No sé cómo puedo seguir siendo tu amiga.

CAROLINA: No digas eso, vale, que me haces sentir peor de lo que me siento.

GABRIELA: Discúlpame, chica, pero es que lo tuyo no tiene nombre. Si sólo se trataba de una pequeña mentirita. De esas que llaman por ahí blancas. Además, ¿no estarás pensando que Manuel es el hombre de tu vida? (Breve pausa.) ¿O sí?

CAROLINA: Gabriela, cuando comienzo una relación con un chico no me pongo a pensar si es o no el hombre de mi vida. Sólo pienso que es mi chico y punto. Y mientras eso sea así trataré de ser sincera y honesta con él.

GABRIELA: Entonces, manita, vete preparando para vivir de tumbo en tumbo el resto de tus días, porque las únicas que por estos tiempos pueden echárselas de transparentes y pasar como si nada son las birras tipo light.

A partir de este momento los diálogos deben tomar un ritmo más rápido, deben dar la impresión de que se trata de un solo diálogo, o una canción cantada a dúo.

Incluso, de tanto en tanto, de acuerdo al texto, ciertas frases del final de sus parlamentos la dirán en conjunto.

Cada palabra del parlamento final la declamarán a dúo.

Habrán momentos, también de acuerdo al texto, en que Carolina y Manuel se tocarán; primero de manera tímida, a través de la tela elástica del paraban, y conforme los diálogos vayan subiendo de ritmo, de cadencia, romperán la línea divisoria y se tocarán con ansiedad, se desnudarán uno al otro, como si hicieran el amor, hasta quedar en trajes de baño y terminar dentro de la carpa que está en el centro de la escena. Por su parte, Gabriela y Andrés, desde ahora, pasan a ser unos fisgones sobre el escenario.

MANUEL: De cualquier manera esa es mi opinión. Tú puedes pensar lo que te dé la gana. Yo sólo quiero mantenerme alejado de las primerizas porque encima de que la mayoría son burda de enrolladas, *Esteban de Jesús* queda demasiado maltratado después de hacerlo con una de ellas. Prefiero que ellas pasen por las manos y las pingas bien templadas de los panas que les gusta cultivar esos mojones mentales. ¡Allá ellos! (Breve pausa.) Te juro que del tiro se me bajó de golpe y porrazo la libido y justo a tiempo porque enseguida entró ella y...

CAROLINA: Le dije que necesitaba que me escuchara, que tenía que contarle un asunto sobre mí, algo personal y delicado.

MANUEL: Y yo ligándola que no me fuera a decir que era virgen, porque ahí mismo la mandaba a mudar de carpa. ¡Te lo juro! Aunque luego luego, cuando se acercó más a la luz de la linterna y pude ver sus ojos rojos e hinchados, quise tragarme mis pensamientos y me sentí de lo peor, chamo.

CAROLINA: De lo peor. Tenía una cara que ni te cuento. Me imaginé que el pobrecito había estado devanándose los sesos para explicarse mi inoportuna actitud de hacía un rato... Mi repentina huida... (Breve pausa.) Que había pasado por el dilema de correr tras de mí o de cederme un pequeño espacio. Se podría decir que estaba petrificado por la duda.

MANUEL: La maldita duda de qué coño de la madre quería decirme... Así que esta vez preferí sólo escucharla desde mi lugar y no distraerme con el olor de su piel, ni con sus tetas, ni con su culo y le...

CAROLINA: Dije que para mí la honestidad era un valor inalienable, y creía que tenía que haber honestidad entre ambos; honestidad y sinceridad si queríamos que las cosas entre los dos marcharan como debían de marchar.

MANUEL: Yo quería morirme porque me esperaba lo peor y lo que hasta ahora había sido un viaje demasiado bueno, demasiado *cool*, estaba a punto de irse al carajo, chamo, de convertirse en un jodido viaje hijo de las tres mil leches. Y así, preparado para lo que viniera,

CAROLINA: Le escuché decir que no tenía que decir nada que no quisiera decir, y yo que sí, Manu, que sí quiero decírtelo, vale, que para mí es demasiado importante y

MANUEL: Bueno, entonces la escucho y me suelta aquello de que ella no es virgen, pero tampoco una libertina, ¿sabes? Y el alma que me regresa por un hiper-milisegundo al puto cuerpo y otra vez que se me larga a la mierda...

CAROLINA: Y lo noto como confundido, como que no me está entendiendo un rábano y decido ir más allá y decirle que...

MANUEL: No entiendo nada, que por favor se explique y ella dice que

CAROLINA: Hace algún tiempo estuve con otro, pero sólo uno...

MANUEL: Un tipo al que quiso como casi me empezaba a querer a mí y que por eso se había acostado con él.

CAROLINA: Y aunque no le dije de quien se trataba...

MANUEL: Tampoco yo se lo pregunté...

CAROLINA: Sentía chocar contra mi paladar, como una enorme bola de goma de mascar, el nombre de Ricardo.

MANUEL: Por eso no se lo pregunté cuando ella lo contaba y casi se me escapa un gritito de lujuria de "¡sí, sí, gracias, güevete!", en mi puta vida pensé que te agradecería algo.

CAROLINA: Ahí mismo se acercó a mí y metiéndome entre sus brazos con una ternura tan grande que hasta entonces creía que sólo podría conseguirse en los brazos inmateriales de Dios, me susurró al oído...

MANUEL: "Tontita, eso para mí no tiene ninguna importancia, tampoco es mi primera vez y sería la mar de injusto que precisamente yo te lo reclamara". (Al público.) Yo que en mi jodida vida no había hecho más que pensar en sexo y acostarme con cuanta jeva había podido —esto último no se lo decía, sólo lo pensaba—, que desde que te conocí me había estado preparando para este instante; escribiéndolo en los cuadernos de apuntes de la facultad: qué te diría mi boca, cómo se moverían mis dedos sobre la topografía erizada de tu cuerpo... Cómo me bebería tu intimidad y tu alma en una noche sin luna de un largo día de verano...

CAROLINA: ¡Chaaamaaa! Y ahí mismo empecé a llorar y me sentía otra vez tan segura contra su pecho, y él me acariciaba y decía cosas hermosas que no sé por qué, aunque no había sido así —aunque la verdad es que ahora no puedo estar segura de nada—, pensé que ya las había escuchado de su boca, que aquella no era la primera vez...

MANUEL: Y empecé a besarla nuevamente, ahora con ternura, muy despacito, a susurrarle al oído lo que quería hacer con ella y ella comenzó a temblar como si de repente, una entidad invisible que se hubiera colocado justo a sus espaldas, le aplicara pequeñas descargas eléctricas.

CAROLINA: Entonces cerré los ojos y me arrojé a los brazos intangibles del azar, porque algo dentro de mí me decía, o mejor, me gritaba, que lo que seguiría estaba escrito en alguna parte y yo no me sentía con ninguna autoridad para rebatirlo.

MANUEL: No me sentía como con las otras jevas, chamo, y entonces me asaltó la certidumbre de que el libreto que tenía en la cabeza se desparramaba por la arena y era arrastrado por el viento hacia el mar, hacia las profundidades oscuras del mar, sin que yo pudiera o intentara hacer nada para evitarlo... Ahí mismo me puse a resollar como una bestia...

CAROLINA: Después de los primeros besos lo sentí excitadísimo; su respiración se había vuelto más fuerte, más frecuente, más violenta, y, a ratos, lo sentía estremecerse como si alguien o algo lo sacudiera desde lo más recóndito; y él, a pesar de que trataba de disimularlo —tal vez con la intención de que yo no lo notara, pero lo noté—, no podía...

MANUEL: No podía y dejó caer su cabeza hacia atrás como diciéndome, o mejor, gritándome con ese gesto...

CAROLINA: Ven, tómame, soy toda tuya, haz lo que quieras conmigo...

MANUEL: Y comencé a lamerle el cuello y a darle pequeños mordisquitos sobre sus hombros. Después descendí a lo largo de sus brazos y chupé sus muñecas, la palma abierta de sus manos. No fui directo a sus tetas o a la calidez húmeda de su sexo, como lo había pensado antes...

CAROLINA: Lo que hizo que me sintiera como una reina venerada por uno de sus súbditos más fieles. *(Breve pausa.)* Su lengua se paseó por toda la geografía de mi piel antes de decidirse a parar en lo que he escuchado es el tesoro más preciado, la parte más anhelada del cuerpo de una mujer para un muchacho de su edad. *(Breve pausa.)* Cuando paró allí, me sentí morir...

MANUEL: Te juro que no sabía qué hacer, no sabía si llorar, si reír o si hundir mi lengua ávida y chorreante —como el resto de mis sentidos— en su vulva rosada y bañada por los flujos íntimos de la excitación.

CAROLINA: Me besaba, me acariciaba con los labios cerrados, luego ligeramente abiertos, tocando mi sexo con

su aliento, con su nariz, con su mentón, con su frente, con sus mejillas, con la punta ardiente de su lengua y yo deseaba que no parara, que no se le ocurriera hacer otra cosa distinta a la que estaba haciendo, pero a la vez quería que fuera más allá y estuve a punto de decírselo, decirle...

MANUEL: O mejor, gritarle, que deseaba metérsela, penetrarla, que no aguantaba más, que ya era hora de iniciar la carrera en el ascenso, que esa era la manera más idónea de arrojarnos juntos al vacío que nos aguardaba al otro lado de esta montaña rusa que habíamos empezado a escalar unos minutos atrás. Sin embargo me contuve.

CAROLINA: Sin embargo me contuve. No dejé que lo hiciera porque yo también quería recrearme un poco con su cuerpo, recorrer su piel con mi boca, devolverle tanto placer.

MANUEL: Empezó por mis tetillas, a chuparlas y morderlas como lo había hecho yo con ella apenas un rato atrás. Después bajó hasta mi ingle, dejando antes un reguero de mordisquitos por todo mi abdomen.

CAROLINA: Por fin sentí en mi barbilla la húmeda y palpitante dureza de su pene, y, con una seguridad que no me conocía hasta entonces, dominé la impetuosidad venosa de su miembro y comencé a masturbarlo...

MANUEL: Arropaba con su boca la orfandad de mi pene...

CAROLINA: Lo sentí gemir y

MANUEL: Cerré con violencia mis manos sobre sus hombros.
¡No pares!

CAROLINA y

MANUEL: ¡No pares! No paré y me sentía cada vez más húmedo y excitado con sus propios gemidos y excitación. Sentía que no podía, que mi cuerpo comenzaba a desinflarse, a desintegrarse y a mezclarse con la atmósfera cargada de la carpa... A ser parte del aire... Como aquella vieja canción de Mecano, ¿la recuerdas? Y fue cuando no pude más, cuando el jalón fue más fuerte que yo y tuve que soltarme: escuché, degusté, palpé, vi y

padecí el estallido blanco, líquido, eléctrico,
ligeramente punzante, a partir del cual ninguno
de los dos supo quién era quién.

FIN